CRUCES A FLOTE

Los habitantes de las Islas Carolinas fueron cristianizados en los siglos diecisiete y diecinueve. Y guardaron con tal fidelidad su religión que las familias católicas han hecho una tradición de su fe a través de los siglos, a pesar del aislamiento en que han vivido.

Cristina: la madre de uno de los hermanos, cuando hablaba a su marido una mañana

- -Juan, hace ya más de quince días que te dije que se habían terminado las hojas de tabaco; las últimas las enrollé para hacerte los cigarros que te estás fumando.

- Que casi me he fumado. Tienes razón, mujer, ~~esta dejadez mía me va a dejar sin tabaco.~~ Luis ¿has hecho algo para organizar el viaje a la Isla de Faís?

- Sí - contestó un mozo de diecinueve años, hijo menor de Juan y de Cristina -, todos están avisados y sólo esperamos a que tú fijes el día.

- ~~El día está fijado:~~ pasado mañana partimos. ~~Ya lo sabes, Cristina, prepáranos alimentos.~~

Y después de una pausa continuó:

- ¿Cuántos vamos y quiénes vamos?

- Veintisiete en cuatro embarcaciones. La del tío Pablo con sus dos hijos, dos primos, el abuelo y un amigo; la de José el herrero con sus cuatro sobrinos y tres nietos; la nuestra con mis dos hermanos, los primos Enrique y Carlos y un amigo.

y en la nuestra viene un amigo de Vicente

- ¿Qué amigo? - interrumpió ~~un poco escamado~~ Juan.

- Pues Vicente, padre.

- Vicente, siempre ese Vicente; no me gusta ese amigo, ya te lo he dicho.

- Pero por qué, padre?

- Aj - despectivamente -, tan americanizado, tan modernizado, tan poco nuestro.

- Tiene otra manera de mirar las cosas.

- Sí, eso es muy cómodo, llamarlo así, y vivirlo así.

- Al fin y al cabo no hace nada malo.

- No, nada... un chico sin religión, medio ateo, medio protestante, un indefinido.

- Está buscando su camino y se le debe ayudar.

- Si tú no pierdes el tuyo...

- Yo soy de esta casa, padre, de los que no podemos perder nuestro camino porque está guardado por la gracia de Dios.

- Que Él te bendiga - replicó el padre emocionado -, y que nunca te retire esa gracia.

~~- Gracias, padre - y le besó la mano.~~

. . . . . .

Partieron a las seis de la mañana y vieron salir el sol, sobre un espejo quieto, que de gris se hizo rosado y de rosado, verdiazul. Antes habían salvado los bancos de coral que cercaban como una corona caída sobre el mar la laguna de agua salina. Los cocoteros se inclinaban sobre esta laguna desde la playa, con toda la gracia flexible de una estrella vegetal. Los veintisiete hombres de Uluthi habían sacado sus cuatro embarcaciones al agua libre, casi a brazo. Y luego, cantando melodías melancólicas, como resonancias de caracolas, siseo de vientos suaves y eco de gorgeos selváticos, se fueron alejando a remo porque no hacía viento alguno para desplegar la vela. El sol se fué elevando sobre un agua dormida y el ritmo de los remos breves y redondos salpicaba las ~~quillas~~ embarcaciones con un tenue chapoteo. Los jóvenes seguían cantando a media voz y los viejos - uno de ochenta años - fumaban.

al cabo de dos horas, abanicó al bochorno un ventecillo fresco

En la embarcación de Juan, el padre preguntó guasón a Vicente, el amigo de su hijo.

- ¿Por qué no has traído tu canoa de gasolina? Hubieras llegado mucho antes que nosotros.

- A veces no es cuestión de llegar: tiene más importancia hacer caminos con gente agradable. Las prisas no dejan soñar.

A Luis le escalofrió una alegría, oyéndole hablar así delante de su padre, aunque no comprendió su lenguaje porque nunca se lo había oído antes. "Es el bochorno", pensó, "la caricia de la naturaleza mansa, la meditación y el silencio de la inmensidad lo que ha llevado su alma al regazo de su raza."

Pero Juan replicó con sorna:

- Hombre, veo que se te ha pegado algo de mi Luis. Jamás pude sospechar que te gustase más el golpe lento del remo que el restallido de tus motores cortando el agua en una carrera endiablada.

- No me gusta más, no me gusta más. Es que aún estoy dormido y es agradable el duermevela de una hora de vez en cuando. En estos tiempos hay que vivir despierto, ir deprisa y ganar todas las carreras. Dejar muy atrás lo que ya no sirve para nada, o lo que estorba para triunfar.

- ¿La religión también?

- También, y quizás lo primero... es mucha rémora, mucho lastre...

A Luis se le apagó la chispa de su alegría.

- Se levanta la brisa, se levanta brisa - gritaron de otra embarcación -, a izar la vela.

Unos minutos más tarde las embarcaciones comenzaron a avanzar más rápidamente hacia su rumbo Este. Pero el agua cambió de color y se levantaron nubes, primero blancas, luego grises, al final se hicieron de plomo descendiendo sobre el mar. Este también se tornó plomizo y el viento se hizo más fuerte, en dirección contraria al rumbo de los navegantes. Apenas se podía maniobrar con las velas frente a ese viento. Se intentó retroceder y no había gobierno podible. Empezó a cundir el pánico.

- ¿Veis? - gritó Vicente - Con una motora daríamos la vuelta y volveríamos a la Isla. Ahora ¿qué va a pasar?

- Dios nos ampare, es un tifón. Arriad velas - gritó un hombre ~~viejo~~ que llevaba todo el cuerpo tatuado.

Pero así y todo, el huracán arrastraba las embarcaciones y éstas comenzaron a bailar sobre el agua como cáscaras de coco.

- Dios nos ampare - murmuró otra vez el hombre ~~viejo~~ y besó el crucifijo que pendía del rosario que llevaba al cuello.

- ¿Qué hacemos? - gritaron los jóvenes - ¿Qué hacemos? Hay que hacer algo.

Entonces Juan dió órdenes:

- Atad las embarcaciones una contra otra para hacer una balsa. Primero las dos que no llevan batanga, y ~~entretanto cortad de las otras el balancín derecho a una y el izquierdo a la cuarta.~~ (ejes las otras dos con un solo balancín)

Rápidamente se hizo la operación a golpe de bolo, pero cuando se intentaba juntar las ~~quillas~~ cortados, la fuerza del mar las separaba de nuevo o las golpeaba una contra ~~el~~ otra.

La situación se fué poniendo cada vez peor porque ya el viento venía racheado azotando con sacudidas inesperadas. Se consiguió por fin juntar dos embarcaciones, pero al intentar agregar la tercera un golpe de mar la partió en dos. Sin embargo, en la relativa calma que siguió a esta sacudida completaron la maniobra agregando la restante embarcación ~~con su batanga de bamboo, equilibrando las tres barcas unidas con un balancín a cada lado.~~ Reforzadas las amarras cuanto fué posible, cada hombre se reintegró a su puesto comenzando a vaciar el agua que ya iba llenando las tres ~~quillas~~ cuerpos. El tifón avanzaba aproximándoles a su vórtice y el viento les empujaba hacia el oeste.

El octogenario rezaba y suplicaba:

- Señor, salva a los que se han mantenido fieles a tu ley. Líbranos de la desgracia.

Le contestaba el aullido del viento mientras la ~~embarcación~~ balsa sin velas ni remos, cabalgaba sobre las olas en el mismo vórtice del tifón. El hombre tatuado apretaba sus mandíbulas. Juan estrechaba contra su pecho otro crucifijo mientras murmuraba:

- Que tu gracia, Señor, siga guardando nuestro camino descaminado para no perderlo.

Los jóvenes jadeaban achicando el agua rápidamente para no quedar debajo de ella. La embarcación tan pronto quedaba suspendida sobre la cresta de una ola como se precipitaba hacia el abismo de la depresión de otra. Crujían las maderas y rechinaban las amarras. En todos los pechos alentaba la esperanza de que el tifón

pasase y les dejase atrás, pero durante todo el día se luchó hasta el agotamiento, porque el temporal no cedía. A las seis de la tarde los vientos amainaron y el aguacero se fué haciendo llovizna. Cayó la noche y nadie sabía en dónde se hallaban. El agua dejó de inundar las barcas. Los hombres apretados en ellas intentaron descansar. Aún no había estrellas, pero los nubarrones se levantaron dejando un techo más alto.

Luis, de naturaleza enfermiza, pues la poliomielitis le había dejado una pierna encogida, estaba casi sin conocimiento en el fondo de la barca. Vicente le frotaba el pecho para hacerle entrar en calor y le echaba el aliento para reanimarle. Entreabrió los ojos.

- Luis, ¿cómo te encuentras? - le preguntó.

- Mejor, gracias -. Y pasaba lentamente las cuentas de su rosario.

Su padre le miraba con amorosa inquietud.

El tatuado relajó sus mandíbulas y respiró hondo.

El anciano seguía musitando sus plegarias.

Juan suplicaba aún.

- Devuélvenos el camino y que nos lleve a donde quiera tu voluntad.

Era la una de la noche y se aclaró una nube.

Iba a asomar la luna.

La aurora les sorprendió dormidos. A todos menos a uno. Vicente velaba atento a la respiración de Luis. El no esperaba en Dios, pero tenía la seguridad de que las fuerzas de la naturaleza habían de llegar con el día a devolver la vitalidad a su amigo. El sol le calentaría, luego secaría la poca ropa que habían llevado y se podría abrigar por la noche. Vicente no podía dormir además, porque no vislumbraba una solución a aquella angustiosa situación. Se habían librado del tifón, pero ¿y del hambre, si aquello se prolongaba, cómo se iban a librar? Esas mismas fuerzas de la naturaleza les podían aniquilar y él no conocía otras superiores a éstas. Ignoraba lo que era la Providencia.

Y se asombraba de ver cómo aquellos hombre podían dormir tran-

quilos relativamente, o cómo podían dormir sin tranquilidad.

Cuando despertaron y se enfrentaron con la realidad, se aprestaron otra vez a luchar. Había viento fuerte pero soplaba hacia el Oeste; era imposible regresar, porque este viento lo impedía. Entonces el hombre tatuado que había viajado dos veces a Samar, Filipinas, calculó que estaban a más de mil millas de Uluthi y les dijo que podían llegar a la isla filipina.

Este hombre era uno de los capitanes que llevaba la expedición. Los que aún tenían fuerzas izaron las velas y avanzaron a la deriva.

Se habían quedado sin alimentos: ~~los plátanos y el pescado seco que almacenaron para el viaje de tres fechas que habían proyectado~~ se los había llevado el mar. Sólo algunos cocos atados a las embarcaciones quedaban como única esperanza para el hambre y sobre todo para la sed. Y los fueron racionando.

Pero los atardeceres y las auroras se fueron sucediendo y cada nuevo sol les encontraba más débiles y más desalentados. Se pescaba algo... Pero la sed se fué haciendo insoportable. Vicente veía con terror como iba disminuyendo el número de esos frutos providenciales que guardaban el líquido para apaciguarla. Y se iba desmoralizando a medida que el físicamente débil Luis, fortalecía su ánimo con una esperanza irrazonada que surgía de no se sabía qué fuentes sobrenaturales. Ahora era él quien alentaba a su amigo a la resistencia, en espera de una segura salvación.

- Pero ¿en qué te fundas para creer que saldremos con vida de esto? Sin una brújula, sin un instrumento para medir velocidades y distancias, ¿cómo saber dónde estamos y cuándo podemos tocar tierra?

- El hombre lleva las brújulas y los instrumentos en su instinto y en su inteligencia. Nos salvaremos Vicente, nos salvaremos: Dios nos sacará de esto y tú se lo tendrás que agradecer.

- Dios, siempre Dios... y yo muriéndome a chorros. ¿No ves que ya no puedo resistir más?

Era verdad. Vicente se moría a chorros y se comprendía que no podía resistir más. Aquel muchacho atlético, que había hecho gimnasia y practicaba los deportes yankees; que seguía sus reglas de higiene y tomaba vitaminas en alimentos y medicamentos, aquel hombrón, no podía resistir más. Le fallaba el espíritu.

Y un par de días después, se le desmadejaron los nervios, a raiz de una conversación con Luis sobre el mismo tema y mientras veía consumirse el agua del último coco: y le dió un ataque. No era aún de locura pero se le parecía mucho: era un histerismo agudo que le desplomó.

Luis... -pobrecito Luis, con sus piernas desvitalizadas por la poliomielitis-, le cuidaba y pedía por él, en la fortaleza de su fe y de su espíritu:

- Sálvalo, Señor, sálvalo.

Y se pasó la noche del décimonono día en vela a su lado. De madrugada sintió un roce que frenaba la embarcación y la resaca la dejó luego en seco sobre una playa. La gente despertó y saltó sobre la arena. La aseguraron tierra adentro y los pocos que aún podían moverse buscaron cocos y plátanos. Antes del amanecer fueron hallados por gentes amables que les atendieron.

. . . . . .

Vicente continuó taciturno y entristecido durante los días que permanecieron en Filipinas. Físicamente se fué fortaleciendo y dejó de peligrar su salud, pero su moral no revivió ni con la realidad de su salvación, ni con el retorno después a su Isla patria.

Vicente era otro hombre y a pesar de la compañía de su mejor amigo, de sus cuidados, de sus palabras, no volvía a su antiguo optimismo ni a su irreprimible euforia de antes.

- Pero, Vicente... ¿es que no te sientes bien? ¿Por qué no me lo dices?

Y siempre que le preguntaba esto, repetía:

- Estoy bien, muy bien... pero no me encuentro a mí mismo. Es como si se hubiera perdido una parte de mi ser.

Pasaron los meses, casi un año, y Vicente seguía siendo el ser preocupado, ensimismado, desarraigado, de después de su retorno.

- Vamos, Vicente, ya está bien. Llevas casi un año callando y guardando algo que te roe el alma. Te sentaría muy bien hablar. Te juro que te guardaré el secreto.

Vicente apoyó la frente sobre las manos y al cabo de un rato levantó la cabeza.

- Sí, no hablo por soberbia, no hablo por soberbia, pero me voy a humillar y te lo contaré. Escucha. Cuando quedé sin conocimiento la noche aquella en que perdí el control de mis nervios en un naufragio de pánico, no sé si me quedé dormido, pero soñé. Soñé o fué una visión; el caso es que me encontré de repente en una isla como la nuestra, pero con seres que yo no conocía. Estaban los de mi raza, menos vestidos de lo que estamos ahora; los de mi raza libres y solos en su paraiso. La playa era un arenal inmenso y del otro extremo de ella avanzaron los hombres de la leyenda de estas Islas, los vulnerables sólo por los ojos, que las visitaron. En efecto venían vestidos con trajes de hierro, todos cubiertos con armaduras, y sólo en la máscara que cubría el rostro quedaban dos agujeros o ranuras que les permitían ver. Las flechas de los nuestros se rompían contra ellos y los invulnerables se reían. Llevaban unos tubos que arrojaban fuego y mataron a algunos de los nuestros hasta que un joven ~~arrojó~~ lanzó con su cervatana una flecha que se introdujo por la abertura de la visera y se clavó en un ojo. El guerrero ~~lanzó~~ dió un grito y descubrimos que por ese sitio era vulnerable. Como la flecha estaba envenenada, el guerrero murió. Así supimos también que no eran inmortales y los nuestros en vez de reir dieron alaridos de júbilo. Entonces todos los guerreros se retiraron y nosotros creímos que se iban para siempre.

Pero luego vinieron, por la playa también, unos hombres blancos

que no traían defensas ni armaduras. Vestían una especie de túnica de tela con la cabeza cubierta por un capuchón del mismo material, y de su cintura pendía un rosario grande como ése que lleváis vosotros. Avanzaban sobre la arena hacia nosotros, impasibles, en hilera, como autómatas, con los ojos levantados hacia el cielo. Los nuestros se sobrecogieron primero pero luego lanzaron su grito de guerra.

Yo, inmóvil de terror, quise gritar "No los matéis, no veis que están indefensos", pero la pesadilla me había paralizado la lengua.

Y vi como caían uno después del otro. Sus cadáveres fueron escalonando la arena de la playa confundiéndose con ella. De pronto no quedó nadie en la inmensidad de aquel espacio más que los cadáveres y yo. La playa se fué haciendo más inmensa aún y yo era sólo un punto infinitésimal sobre ella. Pero seguía distinguiendo los cadáveres y sucedió que uno por uno se fueron derritiendo dejando una mancha de arena empapada en sangre, en su lugar. De cada mancha comenzó a brotar algo así como un árbol con dos brazos: el árbol de la cruz, y fueron entonces las cruces las que escalonaron el arenal. Yo me ahogaba y me sentía morir, porque además las cruces se fueron aproximando las unas a las otras fundiéndose todas en un punto y dejando en él una sola e inmensa cruz.

El mar entonces comenzó a bramar y su oleaje nos arrebató de la tierra. La cruz flotaba sobre este mar enfurecido pero yo me hundía y sacando los brazos del agua, y alargándolos hacia ella, grité: "Sálvame, sálvame".

Pero su voz me dijo:

- Sálvate tú, abrazándote a mí.

Otro golpe de mar nos devolvió a la playa. Yo escuché el roce de la base de la cruz contra la arena y en torno mío voces y preces. Acababa de despertar y estaba en la Playa de San Antonio de Samar y érais vosotros los que me rodeábais y los que rezábais.

Mi corazón latía fuertemente y un sudor frío me cubría todo, mientras tú, Luis, me atendías. Tú tan fuerte, tan entero, tan gigante.

Había pasado la horrenda pesadilla.

- Horrenda no, Vicente. Pesadilla tampoco. En tu temor a la muerte, se aligeró tu espíritu y sacó a flote todo el tesoro atávico de tu raza para sentirla auténticamente. Y sus virtudes están ya simbolizadas por la cruz.

- No sé, Luis, pero comprendo que estoy sufriendo, sufriendo mucho.

- El sufrimiento pasará si tienes el valor de salvarte. Eres un elegido. No desaproveches la lección de tu sueño.

- No, Luis, no. Todo eso del sueño y de la cruz es muy bonito, pero puede ser falso. Yo estaba enfermo, con los nervios en vilo, débil, y mi estado físico y moral abonaban el terreno de lo patológico en mi estado psíquico. Tú dirás que es un milagro el que nos salvásemos del tifón, otro milagro el llegar con vida a tierra, otro la pesadilla demostrándome la lección misional de los religiosos católicos e invitándome a abrazar la cruz, pero yo puedo rechazar esos milagros como consecuencias factibles de hechos que han acaecido muchas veces. Lo que sí es un milagro que no puedo negar es la fuerza que te sostuvo durante toda la odisea; tú, el más enfermizo, el más débil físicamente, lograste superar todas las penalidades, imponerte a todos los desalientos. ¿De dónde vino esa fuerza que te sostuvo, ese aliento que te fortaleció más y más cada día, hasta hacer posible que fueses la ayuda y el sostén de los demás y sobre todo el mío? Esa fuerza no puede brotar más que de algo sobrenatural, y esa fuerza es el milagro en el cual tengo que creer porque no puede surgir de lo físico ni de la naturaleza. No tengo más remedio que aceptarlo y que buscar su fuente para salvarme. Y me salvaré como tú, Luis.

Luis no pudo hablar. Le estrechó entre sus brazos tratando de ahogar una lágrima que la emoción quiso sacar a la luz.

F i n

Madrid, 24 de Julio de 1957.

D. Genaro Xavier Vallejo
Madrid

Apreciable D. Genaro:

Siento el que con mi mejor voluntad le haya causado la preocupación que refleja su carta.

Metí la tijera de acuerdo con sus deseos, pero al poner en limpio el trabajo todavía creo que quedaba largo para sus espacios. Sin tiempo para otra copia limpia, he hecho nuevas aportaciones y cortes que quedan muy claros, rogándole que no me pida más, porque no sabré hacerlo ya más breve.

Yo he puesto mi mejor voluntad y mi mayor humildad por complacerle y le ruego que Vd. haga el esfuerzo de acoplar el trabajo en su revista, como sea.

Verá Vd. que no soy buena en los cuentos cortos. Me da pena sacrificar una idea original y el vuelo de la fantasía a tan breves espacios.

Con la esperanza de que quede conforme con su gusto lo que le remito, le saluda muy cordialmente

ECTOR DE ·CATOLICISMO·

FUENCARRAL, 5, 3.° DCHA.
MADRID·TELFS.: 22 80 37
22 56 10

Barrelona 19 de Julio de 1957.

Sta Adelina Gurrea. Madrid.

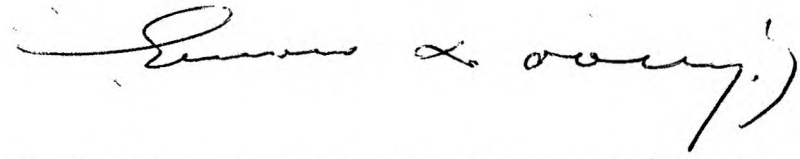
Mi distinguida amiga: Recibo aquí su artículo, a mi regreso del extranjero y me deja desola-do y en un verdadero conflicto por sus proporciones. Forzosamente tengo que publicarlo en el número próximo porque está montada ya la parte gráfica y todas las otras páginas en combinacion con él. Pero forzosamente tengo que reducirlo al espacio que le indiqué pues no dispongo de más de dos páginas de la revista y una buena parte de ellas se la lleva el gráfico.
No cabe tampoco la solución de partirlo en dos (habría que partirlo en tres por lo menos) porque no dispongo de otra ilustración que la que va en este número y porque, además, siendo la revista mensual, tengo lae experiencia de que no resulta práctico ni grato a los lectores darles las cosas fragmentadas.
No queda pues más solución sino reducirlo brutalmente. Y prefiero que Vd misma lo haga porque siempre será con mayor fidelidad a su pensamiento.
Le sugiero suprimir todo el preámbulo histórico empezando por el epígrafe: CRUCES A FLOTE con dos o tres líneas de embocadura que ambienten a los personajes y luego suprimir radicalmente la historia y el personaje de Vicente limitando la narración al hecho real de la tempestad y destacando, eso sí, el caracter religioso y católico de los náufragos (el deta lle de sus rosarios).

Siento, cuanto puede imaginarse pedirle tan radical mutilacion,

pero dése cuenta de mi conflicto en vísperas de la entrega de los originales a la imprenta, forzado a publicar su colaboración en este número y no pudiendo hacerlo sino en esta forma compendiada. Estaré D.m., en Madrid a partir del 25 pero ya para esa fecha necesito tener su solución.

Espero allí sus noticias.

Rogándole me excuse, queda una vez más, suyo afmo. s. s. y a. en Cto



El haberse publicado su artículo anterior sin firma, fué un lamentabilísimo lapsus de la imprenta, tanto más desagradable para mí cuanto que se trataba de su primera colaboración.

Círculo de Bellas Artes
Madrid.

Los Sres. Inés e Hermanos publicarán la última lista para cerrar las suscriciones realizadas en pro del Homenaje Nacional a la eminente Clara Morlyn, de luego entusiasta admiradora, Doña Castellanos el Salvador por haber depositado en el Círculo para tal fin, así como cualquiera cantidad que hayan Ud. podido recaudar desde la última que se me entregó y fué ascendida a seiscientas treinta y seis pesetas (Ptas. 736.-) correspondientes a los donantes D. Tomás García de Diego, D. Pedro Bernaldo Quirós, Doña Teresa Pardo Rivas y los Sres. de Laur Bilbao.

Agradeciéndoles su amabilidad de haberse molestado por lograr la recaudación mencionada, les envía un cordialísimo saludo, con alta consideración.

VICENTES Y LUISES EN MICRONESIA.

POR ADELINA GURREA

Aquél no era un hecho insólito ni aislado. Se había venido repitiendo durante siglos, el que los tifones arrastrasen las embarcaciones Carolinas a las costas de Filipinas, y sobre todo a las de Samar. Y más aún, los Carolinos sentían afición por venir a las Filipinas ante la facilidad de una navegación que favorecían los vientos y las corrientes. La monzón de N.E. soplaba en dirección S.O. y las embarcaciones, sin timón y con velas de tejidos de palma y de fibras tropicales, arribaban por impulso natural a las playas orientales de Legazpi y Urdaneta. Esta era la tradición histórica y telúrica. Tampoco resulta extraño el que los Carolinos sean católicos y lleven rosarios o cruces pendientes del cuello, porque la Micronesia en su parte Occidental y Central ha sido tierra misional española, como las Marianas. Al perder España sus posesiones del Pacífico, ellos han sabido ser fieles a la religión que les dejaron los héroes de las misiones y quizás hayan hecho una tradición más con esta fe religiosa.

Lo que sí resulta un poco extraño es que el Saturday Mirror Magazine del 29 de Mayo de 1954, al relatar la odisea de 27 hombres de Ulithi, llegados a Filipinas arrastrados por un temporal, diera a entender que estas gentes eran católicas porque vivían bajo la protección de los Estados Unidos. Dice así el cronista:

"Cinco de ellos llevaban cuentas en torno al cuello con crucifijos colgando de la cadena. Es un pueblo predominantemente católico que ha estado bajo la protección de los Estados Unidos excepto un corto tiempo durante la segunda guerra mundial".

Cualquier lector entenderá que habían estado siempre bajo influencia norteamericana. Pero luego nos transcribe el relato de la odisea, por dos del grupo que se llaman Vicente y Luis, así, con esta ortografía castellana. Biznietos y tataranietos de los primeros Vicentes y Luises bautizados por los frailes misioneros.

Todos los descubridores españoles del Pacífico - y España fué la primera en descubrirlo y cristianizarlo - pasaron por las Carolinas.

Saavedra en 1528 descubrió un grupo de islas que nombró Islas de los Reyes. Este grupo así nominado está constituído precisamente por las Islas Ulithi de donde partieron los isleños de nuestro relato.

La historia achaca erróneamente el descubrimiento de las Carolinas a Villalobos, pero cuando éste arribó a una de ellas, los naturales le saludaron ya con frases y signos españoles. Frases y signos que él no quiso interpretar como huellas anteriores y bautizó las Islas llamándolas el Archipiélago del Coral. Por ésto se les llamó también las Coralinas.

Todas las expediciones a su ida a las Filipinas e Islas de la Especería, tropezaban siempre con islas de ~~ese~~ este archipiélago, pero como las primeras derrotas,-siguiendo la inicial de Magallanes,- tocaban en las Marianas para descender luego, es natural que tropezasen precisamente con las Ulithi, situadas al Sudoeste de aquéllas. También por estar, con las Palao, más próximas a las Filipinas, hubieron lógicamente de recibir las primeras atenciones misionales desde aquellas Islas.

Y así, después de un período inicial de tiempo en que quedaron olvidadas hasta el punto de que el navegante Lezcano, al tropezar con ellas en 1686, las rebautizó con el nombre que tienen hasta ahora, en honor de Carlos II, después de esa fase, se formalizó la labor misional cuando, por Real Cédula de 19 de Octubre de 1705, el Rey autorizó el envío de misioneros. La cristianización de las Islas tuvo sus héroes, tuvo sus mártires, tuvo sus santos, pero la semilla fructificó en estos católicos de ahora que sobre el torso desnudo llevan colgando su rosario con la imagen del Crucificado.

Basándonos en este episodio marino reciente, de los Carolinos que empujó un tifón a las Costas de Samar, Filipinas, vamos a escribir un cuento histórico.

población de los Estados Unidos. Dice así el cronista:

"Unos de ellos llevaban cuentas en torno al cuello con crucifijo colgando de la cadena. Es un pueblo predominantemente católico que hoy está bajo la población de los Estados Unidos en cuyo tiempo durante la segunda guerra mundial."

Pero luego nos transmite el relato de la odisea, por dos del grupo que se llaman Vicente y Luis, así con esta ortografía castellana. Bautizados y fotografiados de los primeros Vicentes y Luises bautizados por los frailes misioneros.

Todos los descubridores españoles del Pacífico - y España por la primera en descubrirlo y cristianizarlo - pasaron por las Islas Salomón en 1528 descubrió y cristianizó Islas de los Reyes. Este grupo es nominado como Islas Malaitá, es donde pertenecen los islotes de nuestro relato.

La Historia calla convenientemente el descubrimiento de las Islas Filipinas, pero cuando nos cuentan a una de ellas los naturales saludaron con palmas y signos españoles. Palmas y signos que el mismo nos explica como huellas, indicios y bautizados los dos clamándolas el Archipiélago del Coral. Por ello se les llama también las Coralinas.

Todos los expedicionarios que en todos los siglos de la Esperanza llegaron a ellas con nombres [illegible] arcaicos, pero como los primeros descubridores, siguiendo